

EL MOMENTO Y LA TERNURA (1)

(Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hopper).

Tengo la sensación permanente de estar a punto de ser feliz pero no llegar a serlo nunca. (Josephine Nivison, esposa de Edward Hopper).

Nighthawks (Hopper, 1942). Primera parte.

Exterior.

Noche.

Deben ser las dos de la madrugada o así, porque **no hace el ruido suficiente en las calles** para prolongar el domingo por más tiempo. El lector se detiene frente al inmenso escaparate del bar *Phillies*, en la acera opuesta, algo escorado a la derecha. La barra es cuadrada con taburetes fijos a su alrededor. Dentro de ella, el camarero atiende sin prisa. Viste y obedece como un cadete marinero, con blusa blanca y ros militar, sin abrir la boca.

Sólo tres clientes.

En el costado izquierdo de la barra se sienta una pareja de rostros afilados. Ella va de rojo y él de traje azul marino. Él lleva mascota y ella el pelo rojo. Ella mira lo que sostiene en la mano y él a ninguna parte. Él fuma, ella no. Los dos toman café. **No se hablan y me temo que tampoco lo harán en toda la noche.**

A dos metros de la pareja, Eduardo. Permanece inmóvil, sentado en un taburete del vértice izquierdo de la barra, en el lado paralelo y más cercano al escaparate, solo, de espaldas al lector. No sé qué hace. No se le ven las manos. Las piernas. La cara. Tampoco las intenciones. **Quizá esté leyendo algo para olvidar durante un renglón o dos el accidente.** Aunque han pasado cinco años, Eduardo enumera las escenas con el detalle de un montador de cine, despierto o dormido, a todas horas, insoportablemente siempre.

Agosto, 1999. Lunes como hoy. Todo ocurrió a raíz de una estúpida caída en la primera semana del Tour de Lombardía. En lugar de acatar la orden de esperar a un compañero, Eduardo descendió a tumba abierta el último puerto. En el segundo kilómetro de bajada **se le cruzó un perro y la mala suerte.** La rodilla se partió en dos como su bicicleta y la temporada. Su director de equipo le forzó diplomáticamente a no firmar las carreras que le quedaban. Eduardo le desafió con hacer públicas ciertas prácticas intravenosas. Las voces de alarma llegaron a los patrocinadores y **todo quedó en una bien remunerada rescisión de contrato a cambio de una amnesia repentina.** Eduardo empleó los meses de rehabilitación en preparar personalmente las rutas de entrenamiento en su coche. Abría el mapa sobre el asiento del acompañante para estudiar sobre la marcha las cotas de altura o la calidad del piso. Cuando la carretera se abría en dos, Eduardo probaba ambas opciones, regresaba al punto de intersección, y tintaba de rojo el camino elegido. Ese lunes fue raro, más bien asqueroso. Doce horas de calor infernal bajo ese cielo gris marengo que no te

deja imaginar el tiempo que pasa. A las nueve le cayó la noche como una manta negra, a plomo, sin avisar, cuando aún no había previsto camino alguno de vuelta. Mejor bajar ahora para aliviar las piernas y el reloj. Y por primera vez en su vida, **tomó una decisión sin sopesar otras alternativas**. No lo hizo al separarse de su primera esposa, ni al firmar el acuerdo por el que aceptaba perder a su hijo de lunes a viernes y dos fines de semanas al mes. En su descargo, tampoco entonces hacía un calor tan asfixiante.

El firme parecía diseñado para tránsito bovino. A cada medio metro, un agujero o un badén le recordaba el nombre del país al que representó en el pasado mundial. Eduardo abandonó la prueba a poco de la salida, sin consultarlo con el seleccionador. Fue un sonoro escándalo que le permitió volver a ser portada de todos los diarios deportivos. Dos días antes lo habían apartado de la contrarreloj individual. Está algo cansado, fue la razón esgrimida por el cuerpo técnico. Dos días después de aquella rueda de prensa, en el primer kilómetro de la prueba en ruta, **bajó de la bicicleta**. Estoy cansado, le dijo a los del coche de apoyo, cansado de ti y de todos vosotros. Y él seleccionador se cagó en su puta madre antes de escupir al suelo y retirarle su confianza para siempre. Eduardo sabía que con el rehusé conseguiría más notoriedad que llegando el 16º a meta. Ese mismo verano fichó por un equipo italiano, su mujer se casó con otro y su hijo dejó de verlo por televisión